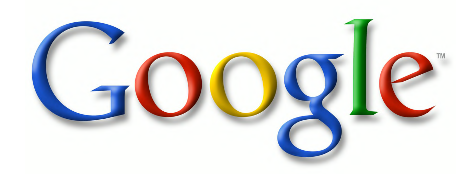
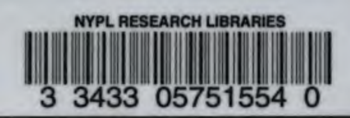
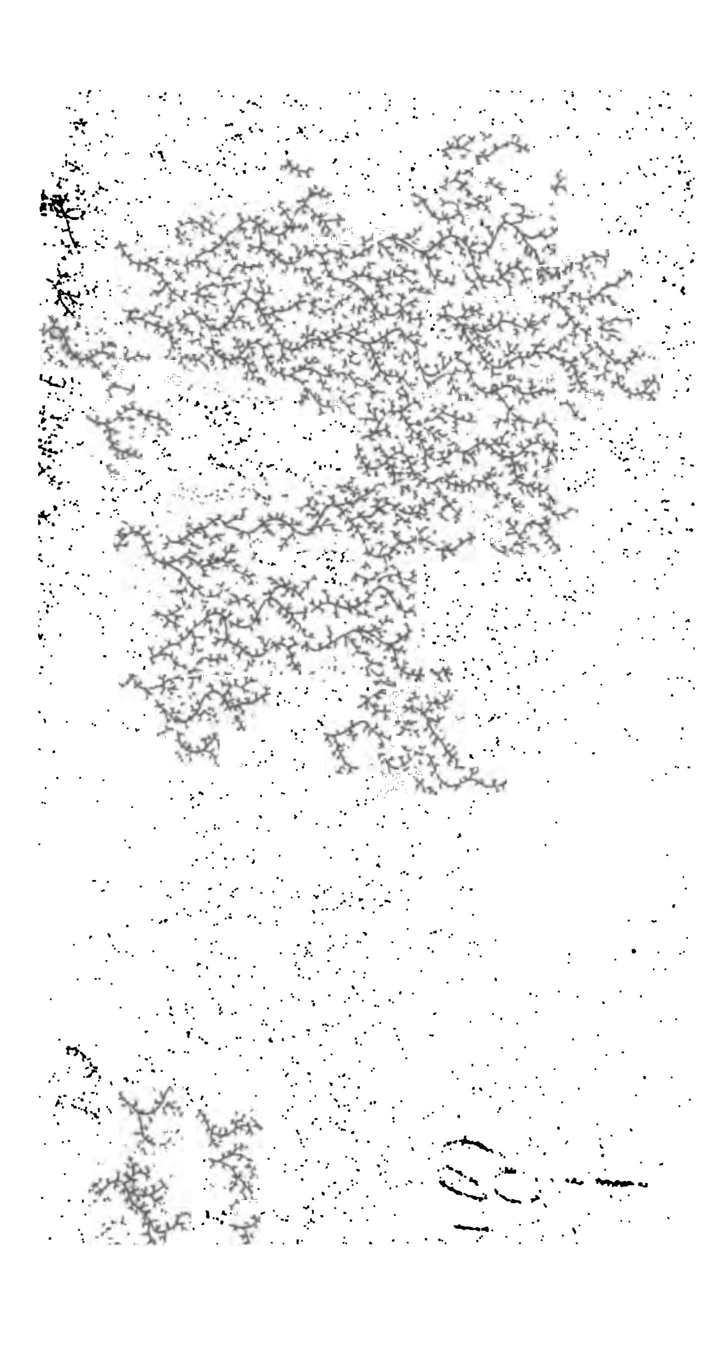



NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 05751554 0







ENRIQUE SORT DE SANZ.

POESIAS

Artículos referentes á varios poetas mexicanos.

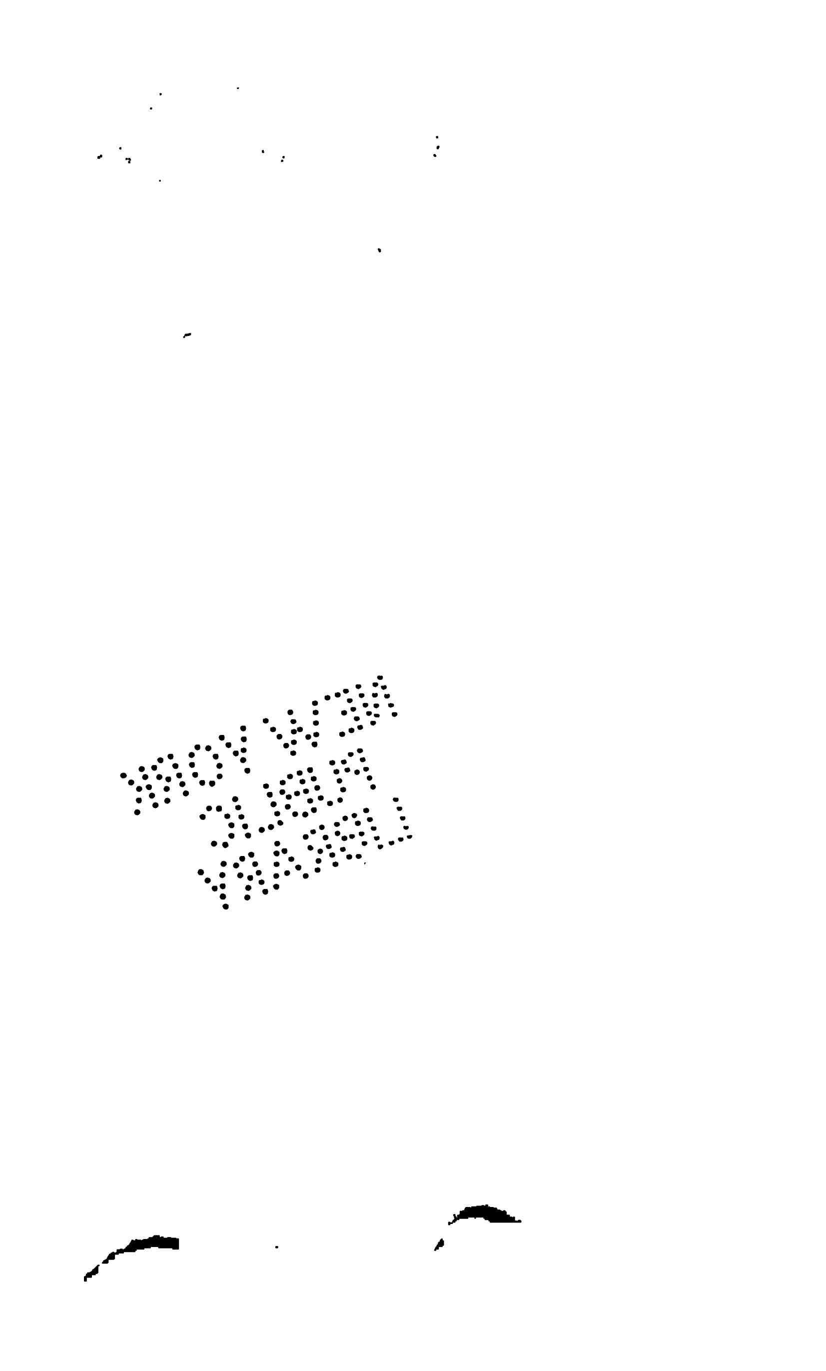


MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15.

1897



ENRIQUE SORT DE SANZ.

POESIAS

y algunos

Artículos referentes á varios poetas mexicanos.



MÉXICO

OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO.
Calle de San Andrés, núm 15.

1897

PRÓLOGO.

Es raro, y tal vez sea el primer caso en que una madre escriba el prólogo de una obra de que su hijo sea el autor.

Un prólogo tiene que ser, según entiendo, como la carta de recomendación que da importancia á quien la lleva, y tratándose de una obra de este género, el prólogo el que la valoriza para el público.

Por eso es en extremo delicado el que, no digo una madre que tiene que ser parcial, sino cualquiera persona allegada, lo escriba.

Pero en toda regla hay excepción, y hé aquí mi caso: yo no voy á elogiar la obra de mi hijo, no, nunca me atrevería, aunque para

las madres en general todo lo de sus hijos es bueno.

Al hacer que se impriman algunos ejemplares de las poesías de mi Enrique, que tuve el cuidado de coleccionar, por el cariño lo hago solamente, porque muchas personas amigas de él y mías, me han pedido copia de ellas y aun han sacado manuscritos de las que conservo.

Me dicen que les agradan, que hablan al corazón y al sentimiento, que retratan moralmente á una alma delicada y sensible.

Esto á mí no me sorprende porque es mi opinión.

¡Qué dicha si es sincera esta idea que formaron de él! porque halaga en extremo á quien ama, que se juzgue bien del objeto amado.

Y para mí Enrique fué..... un ángel, lo diré de una vez, y que se me critique porque crea yo esto: dejaré la defensa mía á todas las madres.

Este es mi prólogo. Si leen las poesías de

mi hijo, lo querrán como yo quiero á todos los hijos buenos.

No me era posible dar á cuantos me han pedido sus humildes versos, y por eso los mandé imprimir.

Es todo lo que yo puedo decir, y que reciba mi hijo este culto á su memoria.

ISABEL.

NOTAS BIOGRAFICAS

DE MI HIJO

ENRIQUE SORT DE SANZ.

Nació el 21 de Abril de 1864; hizo sus primeros estudios en el colegio del Sr. Gustavo Desfontaines, y los concluyó, en la parte secundaria, en el colegio á cargo de D. Joaquín Noreña: se inscribió como alumno externo en la Escuela Nacional Preparatoria de San Ildefonso; siendo muy niño cuando quedó huérfano de su padre Fernando Sort de Sanz.

Aún recuerdo la vez primera en que sentado en mis rodillas, mirándome triste, fué sacando de su pequeña bolsa un papel garabateado en que había escrito un verso que

había hecho, y me lo enseñaba para que le diese mi opinión: dice así:

Huérfano soy, pero al morir mi padre
Me dejó en dos palabras un tesoro:
Sé puro de conciencia, ama á tu madre,
No olvides mi memoria, ¡yo te adoro!
Al mirarlo espirar yo sufrí mucho,
Mas lo quiso el Señor Omnipotente;
Su voz aún me parece que la escucho
Y tengo sus palabras en mi mente.
¡Débil y niño soy! pero mi madre
Mis pasos con amor queda velando,
Yo estudio con afán; que vea mi padre
Que sigo sus consejos trabajando.

Le dí muchos besos, y me empeñé en que se publicaran esos versos en el *Correo de los Niños*, periodiquito á que estaba suscrito y en el que descifraba charadas en unión de otros niños, sacándose varias veces el principal premio.

Después, el honorable Sr. Dr. D. Gabino Barreda me ofreció, mirando sus aptitudes, conseguirle una Beca de gracia con el Gobierno, con el fin de que por ningún caso de

necesidad interrumpiese sus estudios, y el mismo Enrique, con alborozo, dió los pasos necesarios para que se arreglase en el Ministerio, á cargo en esa época del Sr. D. Ignacio Ramírez, á quien Barreda había hablado ya del asunto.

Recuerdo un incidente que pasó entónces y que vino á vencer las dificultades que se presentaban.

Enrique, aún de pantalón corto, esperaba un día en el Ministerio poder hablar con el Ministro, introduciéndose cerca de él con insistencia; llegó á notarlo el Sr. Ramírez, y dirigiéndose á alguien le preguntó: ¿Quién es ese niño y qué quiere? Enrique, al oirle, avanzando algunos pasos hasta ponerse enfrente de él y con aire de solemnidad, le contestó:

—Vengo á que se me dé una Beca de gracia para continuar mis estudios, y me envía mi tío político el Sr. D. Gabino Barreda.

—¡ Ah ! sí, dijo Ramírez, usted es Sort, su recomendado.

—Sí, señor.

—Muy bien, dijo Ramírez; y dirigiéndose al Oficial Mayor, le preguntó si quedaban libres algunas Becas, y de qué dotación.

El Oficial contestó que había dos, una de mayor dotación y otra de menor; pero que había mil solicitantes.

Enrique, vivamente y sin esperar la contestación, dijo: Pues esa de mayor dotación es la que yo deseo.

Ramírez se sonrió, y mirando al Oficial Mayor le dijo: Que se extiendan las órdenes para que la Beca que este niño desea se le dé; y dirigiéndose á Enrique con cariño, le dijo:—Está usted preferido; vamos á ver cómo corresponde usted al Gobierno esta gracia.

—Con mi título de Abogado, señor; mil gracias.

Desde esa época Enrique estudió con tesón, doblando años y sacando en sus exámenes las primeras calificaciones, y en alguna vez con nota especial.

Poco tiempo le faltaba para recibirse, y mirando lo escaso de nuestros recursos para subsistir, solicitó un empleo que pudiese desempeñar en las horas libres de estudio, el cual le fué concedido en el Registro Público de la propiedad, con dotación de cincuenta pesos mensuales de sueldo, que ponía en mis manos.

En esta oficina se granjeó, por su buen comportamiento, la estimación del distinguido Sr. Lic. D. Joaquín Eguía Liz, y fué ascendiendo en ella hasta llegar á ser jefe de Sección, destino que dejó para ocupar un sitio como Diputado al Congreso de la Unión durante cuatro años.

Cuando le concedieron el primer empleo le pareció un deber devolver al Gobierno la Beca que disfrutaba, para provecho de otro, y así se lo manifestó al Señor Ministro de Instrucción pública Lic. D. Joaquín Baranda; pero este señor le aconsejó, porque lo estimaba mucho por estudioso, que faltándole ya poco tiempo para terminar su carrera, le

parecía que debía conservarla para devolverla al Gobierno junto con su título profesional; y haciéndolo así Enrique, vino á cumplir la promesa que hizo, siendo niño, al Sr. Ramírez.

Una vez recibido, que fué cuando comenzó á figurar como diputado, fundó el periódico intitulado *La Juventud Literaria*, con buen éxito; fundó otros periódicos llamados *El Rusumen*, *La República Mexicana*, y escribió y dirigió algunas veces otros bien conocidos, como son *El Universal* y *El Nacional*.

Perteneció á varias sociedades honrosas, entre ellas como socio honorario á la de Geografía y Estadística.

Pero en medio de estos triunfos para su edad, comenzó á amargar su vida el conocimiento de su enfermedad del corazón, con la cual empezó á luchar con pleno conocimiento de sus períodos, pues los estudiaba en libros de medicina, sin podérselo evitar. Esto lo desalentó mucho, y llegó á preocuparse hondamente, como era natural, pre-

viendo el fin funesto; cuando sentía ó quería realizar mil proyectos y ser útil á su Patria.

Dos meses antes de su muerte, fué nombrado miembro del Congreso de Americanistas en México, y este honor pareció galvanizarlo; le volví á ver sonreir como antes, se creyó casi bueno, pero la traidora lesión orgánica, insuficiencia mitral, que estaba en su último período, le dió el último asalto y sucumbió el 30 de Noviembre de 1895, á los 32 años de su edad; cuando creía volver á vivir, cuando se disipaban para él esas nubes en el horizonte de su vida, que tanto lo entristecieron, y que una resignación cristiana le hacía ver más lejanas y menos negras.

Muchas flores fueron regadas sobre su ataud, y algunos sinceros amigos condujeron sus amados restos mortales al Panteón Francés, su última morada en la tierra.

En cuanto á su espíritu noble y grande, según mis creencias religiosas, y una alucinación tal vez nerviosa que tuve poco después de su muerte, diré en un verso que me

hizo el Dr. Millán, aludiendo á lo que le refería.

Lo que yo ví en esa noche
Rasgar el éter sombrío,
Fué el alma del hijo mío
Brillando al romper su brocho.

ISABEL M.,
Vda. de Sort de Sanz.

México, Enero 18 de 1897.

A MI HIJO ENRIQUE

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

En cuanto tú espiraste, ¡hijo mío!
Mi corazón..... murió,
Mas al momento del dolor impío
El soplo de mi Dios lo reanimó.

No es el mismo de madre que en su duelo
Jamás, jamás podría vivir sin verte;
Es nuevo corazón que mira inerte
Tu cuerpo aquí, tu espíritu en el cielo.

¡Yo no sé para qué! pero Dios quiere
Que aun permanezca mi alma aprisionada,
Y viviendo como alma que se muere,
Así esperar el fin de mi jornada.

Esperaré en el mundo tristemente,
En el consuelo de mi Dios confiada,
Que su gracia y poder omnipotente
Cure el dolor de mi alma lacerada.

Y así tranquila esperaré la muerte,
Y cuando mi materia no sea nada,
Y en océano de luz mi alma despierte,
Al adorarle en su figura increada,
Confundido con Él, volveré á verte.

ISABEL M.,
Vda. de Sort de Sanz.

Noviembre 30 de 1896.



LA PIEDAD.

En la tumba de mi inolvidable amigo el Señor Lic. D. Enrique Sort de Sanz.

Mis ojos no descansaron,
En esos días de tristura,
De llorar con la amargura
Que se siente en el dolor.

Ya han pasado cuatro lunas
Desde esa fecha sombría,
Y no olvida el alma mía
Ni mitiga su aflicción.

¡Cuántas veces recordando
Tu amistad franca y sincera,
Volver á verte quisiera,
Que te extraña el corazón!

Pero Dios, si en sus designios
Extinguir tu vida quiso,
También ese cielo hizo
Para premiar tu virtud.

¡Mira el llanto de mis ojos
Que tu frío sepulcro riega,
Mira, Enrique, que aquí llega
A llorarte el corazón!

....

....

No quiero turbar la calma
En que reposas inerte;
No quiero.... vengo á ofrecerte
Un recuerdo y una flor.

TEODORA HIDALGO SÁNCHEZ.

Marzo 2 de 1896.

DE ENRIQUE SORT DE SANZ.*

Cuando presa de ardiente calentura
Comenzó mi martirio,
Evocando en mi mente las mil formas
Extrañas y confusas del delirio;
Tuve constantemente en el cerebro
Una imagen grabada,
Que me hacía sonreir, con la sonrisa
De una alma soñadora, enamorada.

Era tu imagen, sí, vida del alma,
Blanca, pura, tranquila,
Que me miraba con afán, teniendo
Por el llanto empañada la pupila.

Te contemplé en mis horas de quebranto
Como á luz entre sombra,
Como la encarnación más realizable
Del amor que se siente y no se nombra.

* Poesía última que hizo Enrique mi hijo en la Castañeda después del ataque anterior al último en que falleció.—*Isabel.*

Cuando pasó la fiebre, cuando pude
Darme cuenta de todo,
Sentí dejar el mundo de las nubes
Y recordar que vivo sobre lodo.

Y mucho más sentí que aquel arcángel
Que velaba mi sueño,
Huyera de mi lado y se llevara
Mi más hermoso y encantado ensueño.

Desde entonces me abate la tristeza,
Muy poco es lo que duermo,
Recordando á mi arcángel, y exclamando:
¡Quiero, mi Dios, volver á estar enfermo!

ODA

Leída por su autor en el Teatro Nacional de México, el 18 de Febrero de 1888, en la solemne distribución de premios á los alumnos de las Escuelas Nacionales.

¿En dónde está la lira, en cuyas cuerdas
ha de vibrar el himno soberano
en loor de los triunfos que en la ciencia
ha conquistado el pensamiento humano?

¿En dónde está el Homero que eternice,
en un poema de inmortal belleza,
la narración de la gigante lucha
que con la historia del humano empieza,
y que cual la epopeya de los griegos,
está llena de gloria y de grandeza?

¿En dónde está el Tirteo que dé aliento,
en estrofas de hermosa poesía,
á esta falanje audaz del pensamiento,
que ha luchado y que lucha todavía

para rasgar la sombra de la noche
con la esplendente claridad del día!
No existe, no, quien en el mundo sea
el cantor del poema de la idea.

No hay lira, no hay poeta, no hay artista
que pueda burilar en sus talleres,
domando del lenguaje el férreo yugo,
el poema inmortal, soberbia joya,
digna tan sólo del cantor de Troya
ó del Rey del Ingenio, Víctor Hugo!!

Pero así como en alas de los vientos
llega á las nubes la menuda arista,
en alas de mi afán y mi entusiasmo
llego á este altar, en que el saber conquista
timbres de honor; y trémulo mi labio,
viene á cantar las glorias del artista
y los triunfos espléndidos del sabio.

Llego como en los tiempos de la Grecia
llegaba el bardo á los florales juegos,
á celebrar con entusiastas trovas
la fiesta más hermosa de los griegos.
Eran aquellos tiempos todavía
la aurora del saber, su luz tan sólo

en el sagrado altar resplandecía,
y entre los muros del pagano templo
un débil rayo despuntaba apenas,
en tanto que ya el arte se ufanaba
con el grandioso Partenón de Atenas!

Hoy sigue el arte conquistando triunfos,
pero ahora el laurel en estas lidias
de la época moderna,
no lo arrancan Praxíteles, ni Fidias,
sino Fernando de Lesseps, que tiene
para la admiración, como blasones
á Suez y á Panamá con sus canales:
¡gigantes y atrevidas construcciones
como aquellas Pirámides que hicieran
elevar los soberbios Faraones!

Hoy la ciencia ha llegado á donde nadie
pudo jamás creer que llegaría;
que ni la más ardiente fantasía
pudo soñar que el sabio sorprendiera
esa ley que preside el meteoro
de la aurora que anuncia el claro día,
cuando rompe la luz, en olas de oro,
y se derrama en la extensión vacía!

Ni hubo jamás quien concebir osara,
mirando el movimiento giratorio
de los astros, que Cavendish lograra,
encerrado en su estrecho observatorio,
siguiendo sólo las lumíneas huellas,
¡¡fabricar la balanza suficiente
para pesar al sol y á las estrellas!!

La misma sed, el anhelar profundo
de investigar cuanto la mente alcanza,
hizo á Colón mirar en lontananza
la playa virginal del Nuevo Mundo.
A Guttemberg, hallar forma bastante
para guardar cuanto la mente crea
con su descubrimiento prodigioso,
la Imprenta! el Nuevo Mundo de la idea!
Y que ante el mismo tribunal cobarde
que de ciencia y virtud haciendo alarde,
daba la muerte al sabio en roja pira,
en los momentos de jurar "no creo,"
dijese: "E pur si muove," Galileo!

El genio de estos grandes pensadores
brilló en aquella edad de sombra y duelo,
como en el negro seno de la nube
el rayo brilla iluminando el cielo!

Era entonces la ley sobre la tierra
llevar atado al carro victorioso
al vencido en los lances de la guerra,
y convertirle en miserable esclavo;
que en esa edad, razones y justicia
le daban siempre al paladín más bravo.
Hoy, debido al esfuerzo de la ciencia,
se ha proclamado ley entre los hombres,
que ante la fuerza material del hecho
está el supremo imperio del derecho.

Ahora, como fin de sus afanes
busca el hombre sin tregua y sin desmayo
esclavizar tan sólo
¡¡al fuego que rebrama en los volcanes
y á la electricidad que enciende el rayo!!
Porque ahora miramos realizados
los milagros sin fin de aquellos cuentos,
bella ilusión de nuestra edad primera,
llenos de maravillas y portentos,
en los que transformaba una hechicera
las piedras en soberbios monumentos;
y en los que en gracia al sin igual tesoro
de alguna vara de virtud, podía
tornar las aguas del torrente en oro

y los toscos guijarros de su lecho
en la más esplendente pedrería!

Porque ahora la Industria es la Hechicera,
y el poderoso talismán la Ciencia,
y las Hadas que alumbran el camino
hoy son la Observación y la Experiencia!

Hoy la Física ha hecho que un alambre
bajo las aguas de la mar tendido,
pueda llevar de un mundo á otro mundo
todas las vibraciones del sonido!
Y Edison, ese genio de la Ciencia,
ha logrado prodigios tan extraños,
como tener la voz de nuestros padres
guardada en el fonógrafo cien años!
Y hacer la maravilla extraordinaria
de darle movimiento á la más grande
rueda de gigantesca maquinaria,
porque un hilo metálico conduce,
al través de sus átomos de acero,
todo el inmenso golpe que produce
el agua de la hirviente catarata
que en torrentes de fuerza se desata!

Hoy la moderna ciencia de la Química,

sin vara de virtud y sin conjuro,
llevando los prodigios adelante,
presta á un pedazo de carbón obscuro
las refulgentes luces del diamante!
Y sabiendo las leyes de esa vida
que germina callada y misteriosa,
sobre los mismos bordes de la fosa
podrá, como lo puede la Natura,
convertir á la oruga en mariposa
de espléndidos colores,
y trocar los insectos del sepulcro
en perfumado búcaro de flores!
Que el gran Pasteur, en el constante estudio
del mundo que revela el microscopio,
hace para las ciencias naturales
de fieles datos admirable acopio,
con los que pueda en tiempo no lejano
la ciencia del futuro
hallar entre microbios escondida
la misteriosa fuente de la vida!!
Porque según la ley inexorable,
que formulaba el inmortal Acuña,
de México el cantor de los cantores,
al fin de esta existencia transitoria
á la que tanto nuestro afán se adhiere,



la materia, inmortal como la gloria;
cambia de forma, pero nunca muere!

Hoy que tras larga ausencia lamentable,
ha vuelto al fin la Paz á la República
para imperar desde el robusto tronco
que tiene como apoyo formidable
la voluntad del pueblo progresista,
hoy tiene extenso campo la conquista
del científico espíritu moderno,
porque ahora la Ciencia
no sale ya de las obscuras aulas
manchada con la sangre del azote!
Hoy la Escuela Normal, de sus alumnos
ha de formar maestros que revistan
toda la majestad del sacerdote!

Por eso hoy que el teatro se transforma
en el templo á Minerva consagrado,
y se eleva un altar en el proscenio,
para que á nombre de la ciencia augusta
se otorgue noble galardón al genio,
debe tener erguida la cabeza
quien tales timbres sobre el pecho lleve,
que son timbres de la única nobleza
que se acepta en el siglo diez y nueve!

¡Fiestas para otorgar tales blasones
son las que dan grandeza á las naciones!

Por eso cuando el Himno Mexicano
surgió de los acordes de la orquesta,
me pareció el acento de la Patria
saludando á los héroes de la fiesta!

Ví fulgores de gloria en todo el cielo,
y oyendo resonar entre los aires
un rumor que batir de alas remeda,
miré alzarse una sombra en el espacio,
¡la sombra majestuosa de Barreda!

México, Febrero 18 de 1888.



UN DESEO.

Estar á solas contigo
Forma mi constante empeño,
Mi más risueña esperanza,
Mi más ardiente deseo;
Estar á solas contigo
Quisiera por un momento,
Para decirte, de hinojos,
Temblando de amor y miedo,
Lo inmenso de mi cariño,
Lo infinito de mi anhelo,
Con cuánto fuego te adoro,
Con qué ternura te quiero,
Con qué pasión tan intensa
Loco te idolatra el pecho;
Quiero decirte llorando
Todas las ansias que siento
Si sonriendo me miras

Con esos ojos de fuego,
Cuyas miradas me queman
Cual quema candente el hierro,
Porque cuando así me miras,
Terrible estremecimiento,
Como de eléctrico choque,
Recorre todo mi cuerpo,
Y la vista se me nubla,
Se me suspende el aliento,
Y de pasión y ternura
Al sentir el pecho lleno,
Te quiero hablar y me callo,
Te quiero hablar y no puedo,
Porque todos están cerca,
Porque todos están viendo.

Y callo, sí, pero callo
Después de increible esfuerzo,
Y siento, al callar, que pesa
Una losa sobre el pecho,
Y el corazón en pedazos
Próximo á estallar por dentro,
Y vuelvo á querer hablarte
Y á decirte.... mas no puedo,
Porque todos están cerca,
Porque todos están viendo.

Calla! la razón me dice,
Habla! grita el sentimiento;
Triunfa la razón al cabo,
Y me callo y me contengo,
Porque todos están cerca,
Porque todos están viendo.

Mas alguna vez, mi vida,
Si contenerme no puedo,
Y si el corazón me vence,
Como mucho me lo temo,
Aunque todos estén cerca,
Aunque todos estén viendo,
Aunque juzguen que estoy loco
Y aunque me desprecien luego,
Me arrojo á tus pies gritando
Todas las ansias que siento
Si sonriendo me miras
Con esos ojos de fuego;
Me arrojo á tus pies gritando
Todo el amor que te tengo,
Que es un amor que no cabe
En el miserable pecho,
Que es un amor que quisiera
Tener por espacio el cielo;

Amor tan grande, tan grande,
Que ni explicártelo puedo,
Que para amores como este
Las palabras no se han hecho.

SUS LAGRIMAS.

Qué triste es contemplar en tu pestaña
Las temblorosas gotas de tu llanto!
En sus hilos de luz se mira extraña
Esa lluvia de perlas que los baña;
No quiero verte así, no llores tanto.

Cuando miro las gotas de tu lloro
Brillar temblando en tu pestaña rubia,
Me parece que admiro ese meteoro
Del sol que hiere con reflejos de oro
Las diamantinas gotas de la lluvia.

No es amargo tu llanto como el mío,
No es el llanto de fuego que devora;
El llanto es para tí como el rocío
Que en las tibias mañanas del Estío
Vierte en doradas lágrimas la aurora.



Sin embargo, no llores, no, no llores;
Si no encuentra tu afán dulce consuelo,
Piensa que para tí con mis amores
Aun guarda el mundo perfumadas flores
Y aun brillan las estrellas en el cielo.

Agosto de 1887.

EN LAS VELADAS.

Vosotros que leeís en las veladas,
De vuestra novia al lado,
Dulces versos, poéticos idilios,
María de Jorge Isaac, Bequer ó Byron;

Los que cada palabra cariñosa
La volvéis alusiva,
Y cada bella frase que os conviene,
Para vosotros la juzgáis escrita;

Y levantáis los ojos con recelo
Y véis á la que os ama,
Y ella os mira también y en un momento,
Teniendo confundidas las miradas,

Le dáis á comprender que aquellas frases
Escritas en el libro
Las debe recibir como si acaso
Para ella sólo las hubieseis dicho;

Vosotros los que hacéis lo que refiero,
  Los que habláis de ese modo,
No dejéis que se juzgue una mentira
El que los novios se hablen con los ojos.

Y aunque á estas mudas frases de cariño
  Entonación les falta,
En cambio tienen toda la ternura
Que sólo puede darles la mirada.

ME GUSTA.

Me gusta la violeta porque crece
Entre la alfombra del jardín perdido,
Y ahí lánguidamente la adormece
El perfume en sus hojas escondido.

Me gusta el ruiseñor porque se esconde
Del hondo bosque entre la sombra obscura,
Y ahí entona su canto, al que responde
El viento que suspira en la espesura.

Me gusta el blanco rayo de la luna
Que se desliza entre el follaje espeso,
Porque llega temblando á la laguna
Y muere al darle silencioso beso.

Me gusta esa paloma gemidora
Que canta de la tumba entre el misterio,
Porque para llorar, siempre que llora
Busca la soledad del cementerio.

Me gusta la mujer tímida y pura
Que se oculta del mundo á la mirada,
Y así guarda tesoros de ternura
Para el dueño de su alma enamorada.

Marzo de 1887.

EN EL ALBUM

DE LA

SRITA. GUADALUPE RUBALCABA.

Siempre escuché decir que allá en tu tierra,
Que llaman de Occidente la Sultana,
Con espantosa furia que amedrenta
Las tempestades en su cielo estallan,
Que la cárdena luz de los relámpagos
Sin intervalos su fulgor derrama,
Y el retumbar sonoro de los rayos
Temblando repercuten las montañas.
Siempre escuché decir que son grandiosas
Las tormentas allá en Guadalajara,
Tuve siempre el deseo de conocerlas
Y de admirar la furia que desatan.
Pero después te he visto, y desde entonces
Me ha parecido inútil admirarlas,
Porque he admirado ya las tempestades

Que tus ojos producen en las almas;
Que son tus ojos el obscuro cielo
En que de tu alma las tormentas cuajan,
Y tus miradas sus mortales rayos,
¡Mortales siempre, porque siempre matan!

1886.

¿QUÉ TE PUEDO OFRECER?

Yo no te puedo dar lo que ha soñado
De grande para tí mi mente inquieta;
Sólo puedo ofrecerte, arrodillado,
Todo mi amor inmenso de poeta;

Con sus locos ensueños, sus delirios,
Todo cuanto á mi ardiente pecho inspira;
Sus horas de placer y de martirios,
Y sus cantos de amores en la lira.

Sólo puedo ofrecer en los altares
Del santuario de mi alma soñadora,
En vez de blancas perlas de los mares,
¡Las lágrimas del alma que te adora!

No puedo darte, amor de mis amores,
Del oro y de la gloria la ventura;
Pero puedo ofrecerte con mis flores
¡Un mundo de cariño y de ternura!

1887.



¡CUÁNTAS VECES!

Cuando duerme la tierra iluminada
Por los rayos de plata de la luna;
Cuando se ven flotar entre los aires
Los flotantes girones de la bruma;
Cuando la calma de la media noche
Interrumpen tan sólo las confusas
Notas perdidas que hay en sus rumores
Y que su calma majestuosa turban;
¡Cuántas veces al pie de tu ventana,
Llorando de pasión y de ternura
Y poniendo, convulso y anhelante,
Mi mano temblorosa entre las tuyas,
Te he jurado quererte mientras viva....
¡Y aun más allá, si existe tras la tumba
Un más allá donde el amor se sienta
Libre de la materia que le abruma!



EL POETA.

Para sentir consuelo en sus dolores,
Para curar su enfermedad secreta,
Más que aromas y pájaros y flores,
Y luces y celajes y colores,
Amor al corazón pide el poeta.

Buscando el ideal con que delira,
Vive en constante sueño sobre el mundo,
Cantando su dolor, y cuando expira,
Vuelve á pulsar las cuerdas de su lira
Y á cantar como el cisne moribundo.

Dadle el cariño que en su canto implora,
Pedidle el fuego que su pecho encierra,
Y respetad las lágrimas que llora;
¡Perlas del mar de su alma soñadora,
Que señalan su paso por la tierra!

IMPRESIONES PASADAS.

[Del libro de Lola.]

II.

Soñé que al fin miraba satisfecho
El anhelar ferviente de mi pecho;
El amor de mi virgen era mío;
Y al despertar hallé junto á mi lecho
Al desengaño en su ataúd sombrío!

La ilusión que abrigué con el anhelo
Con que se abriga la ilusión postrera,
Hoy que llegan las horas de mi duelo,
Como una golondrina va ligera
Huyendo de las brumas de mi cielo.

Y á la esperanza, flor que vive y medra
En el humano corazón prendida,
Como viven las flores de la hiedra
Entre las hendeduras de la piedra
Por la mano del tiempo carcomida;

Al mirarla marchita, la deshojo
Ante las gradas del altar desierto
Qué hoy con las gotas de mi llanto mojo,
Y, última ofrenda de mi culto muerto,
Sus ya marchitos pétalos arrojo.

Todo al fin concluyó; en vano ahora
Busco la luz que la existencia dora;
Sentí llegar la noche al alma mía
Cuando estaba mi cielo todavía
Teñido por las luces de la aurora.

En vano el pecho la esperanza alienta
De restañar la sangre de su herida;
La imagen de su dicha ya perdida,
Cual la sombra de Banquo se presenta
En todos los festines de su vida.

Mayo de 1886.

LLEGAS.

Llegas, y al acercarte me parece
Que hay más luz en el ancho firmamento,
Más cadencia en el trino de las aves,
Más perfume de flores en el viento.

Me miras, y al mirarme en tu pupila
No sé qué fuego extraño centellea,
Pero me quema el corazón, y entonces
Es un pájaro inquieto que aletea.

Y si me das el cariñoso halago
De la dulce sonrisa de tu boca,
¡Siento que mi alma en éxtasis se eleva
Y con sus alas en el cielo toca!

México, 1887.



¡QUE NO TE OLVIDE YO!

¿Qué no te olvide yo quieres decirme
Cuando me das la flor del "No me olvides?"
Inútil es, amor de mis amores,
Inútil es lo que con ella pides.

¿Puedes temer que el hielo del olvido
Llegue á entibiar la fe con que te quiero?
¡Imposible, jamás, mil veces antes
Calor y luz al sol falten primero!

¿Me es posible vivir sin tu cariño,
Me es posible vivir sin tus amores?
¿Sin calor y sin luz fuera posible
Que vivieran las aves y las flores?

¡Imposible, jamás, mi amor inmenso
No ha de faltarte nunca! que es mi anhelo
Vivir unido á tí sobre la tierra,
Y morir..... y esperarte allá en el cielo.

AL LAUREADO POETA VENEZOLANO

HERACLIO M. DE LA GUARDIA

MI FINO AMIGO.

¡Gloria, nombre inmortal, vanas palabras,
Celajes de la mente soñadora,
Que flotan en el mundo del cerebro
Y que la luz de la ilusión colora:

Ansiedad del espíritu que teme
La muerte para el nombre, el mismo día
En que reposa nuestro inerte cuerpo
Entre las sombras de la tumba fría:

Sed de inmortalidad, ardiente anhelo
Del alma del poeta que delira,
¿Qué sois en realidad? Vago fantasma,
Mentira dulce, pero al fin mentira.

Todo en el mundo mísero perece
Hundiéndose en la tumba del olvido,
Tumba que oculta, entre sus densas sombras,
¡Todas las glorias que en la tierra han sido!



Que siguiendo esa ley inexorable
Bajo el imperio de la cual morimos,
Debe de perecer, rodando el tiempo,
¡Hasta el mismo planeta en que vivimos!

Por eso la ilusión tras que corremos
De una gloria inmortal sólo es quimera;
La gloria sólo impide algunos años
El que el recuerdo de los hombres muera.

....

....

Todo esto es cierto, sí, pero en el alma
Hay también un afán nunca saciado
De contar á otros séres lo que á solas
De las cosas del mundo hemos pensado.

De contarles también de qué manera
En el mundo sufrimos y gozamos,
Para que rían contentos, si reímos,
Para que lloren tristes, si lloramos.

Por eso al escribir mis pobres versos,
La más dulce ilusión á que yo aspiro
Es poder arrancar con su lectura
A los que me comprendan, un suspiro!

Julio 29 de 1887.

PERLAS Y LÁGRIMAS.

Ayer, cuando me amabas, á esa hora
En que la tarde á declinar empieza,
Por el bosque vagábamos, hablando
De nuestro amor y nuestra dicha inmensa.

Mas de improviso me detuve triste,
Al sentir que cruzaba en mi cabeza,
Con la oportunidad inexplicable
Con la que el pensamiento se despierta,

Una idea terrible que esa tarde
Vino á mi mente con extraña fuerza,
Y te dije en voz baja y temblorosa
Cual si sólo el decirlo me doliera:

"Oye, si alguna vez, bien de mi vida,
Te llegas á olvidar de tus promesas,
¡Qué triste y sola quedará mi alma,
Qué amarga y que sombría mi existencia!"



Callé, y después mis ojos en tus ojos
Clavé expresando mi ansiedad suprema,
Como si de tus ojos esperara,
Más bien que de tus labios, la respuesta.

Entonces me miraste con mirada
En que había á la par gozo y tristeza,
Y oprimiendo mi mano entre las tuyas,
Con ese acento que pasión revela,

"¡Dejarte yo de amar! ¡es imposible!
Antes mil veces que perjura, muerta;
¡Qué negras son las dudas de tu alma
Y cuánto, cuánto mal me haces con ellas!"

Dijiste, y apartándome tu mano,
Doblaste sobre el pecho la cabeza,
Y en tus ojos miré brotar dos lágrimas
Que al resbalar por tu mejilla, trémulas,

Reflejando las luces que en el cielo
A lanzar comenzaban las estrellas,
No sé por qué capricho de mi mente
Me parecieron nacaradas perlas.

....
....
....
....

Hace tan sólo un año de aquel día,
Un año, un año apenas,
Y esta mañana á otro en los altares
De amor eterno hiciste la promesa.

Bien sé que es poderoso, y como ahora,
Podrá con su riqueza
Prestar mayor encanto á tu hermosura
Con blondas, con encajes y con perlas.

Mas hoy también no sé por qué capricho,
—Tal vez será locura de poeta—
Pero mi mente acalorada sigue
Forjándome fantásticas quimeras.

Ayer cuando miré correr tus lágrimas
Se me fingieron perlas,
Y hora al mirar las perlas de tu cuello
Miro un collar de lágrimas en ellas.

¿Es muy raro, verdad? Pues piensa mucho
En tan triste rareza;
Que no se vuelva tu collar de lágrimas
Porque entonces, tal vez ahogarte pueda.



¡LA ÚLTIMA TARDE!

[ELEGÍA.]

A la memoria de Manuel Alvarez del Castillo.

¡La muerte otra vez más, grave, imponente,
En el revuelto campo de mi mente
Como negro fantasma se levanta,
Y á su presencia, aunque mi pecho siente
La angustia del dolor, mi lira canta!

Yo canto cuando sufro como ahora,
Porque siento en mi alma soñadora
Las tristes vibraciones de una lira,
Que con mi alma suspira, si suspira,
Y que con ella llora cuando llora.

....

....

Ayer...... era la tarde...... obscurecía;
Del verde senador entre las rejas
Fantástica arboleda se veía,
Y su obscuro ramaje parecía
Poblado de rumores y de quejas.

Las hojas secas que arrastraba el viento
Formaban un rumor vago y sentido,
Con el que se mezclaba ese gemido,
Ese triste y monótono lamento
Con que gime la tórtola en el nido.

Y allá á lo lejos, en el fondo obscuro,
Se dibujaba el caprichoso muro
Del gótico salón; había fiesta,
Y en el ambiente embalsamado y puro
Temblaban los acordes de la orquesta.

A través de los vidrios de colores
Irradiaba la luz entre las flores,
Y del wals por el vértigo impulsadas
Vagas sombras fugaces enlazadas......
¡Era fiesta nupcial, fiesta de amores!

Después, los blancos rayos de la luna
Y argentando el cristal de la laguna,
En cuyo azul espejo dilatado
El cielo se miraba retratado,
Las estrellas copiadas una á una.

....

....

Todo en aquella vez nos inducía
A vagar en un mundo imaginario,

Abriendo en nuestros pechos el santuario
Que exhala sentimiento y poesía,
Como exhala perfume el incensario.

Recitábamos versos: se quejaba,
Su acento alguna vez era de lloro,
Pero siempre dulcísimo y sonoro;
Después, de ensueños y de amor me hablaba;
¡Yo, de mi niña de cabellos de oro!

Y al mirar en la copa cristalina
Del dorado champaña leve bruma
Que hirviendo forma la fugaz espuma,
Como se ve un paisaje en la neblina
Que poco á poco su contorno esfuma;

Mirábamos surgir un mundo extraño,
Lleno de luz, de estrellas, de celajes,
De pájaros, de flores, de paisajes......
¡Todo ese vago mundo del engaño
Que puebla el ideal con sus mirajes!

Entonces, ¡cuánto ensueño en la cabeza,
Cuánta dulce ilusión en nuestros pechos,
Cuánto fulgor de gloria y de grandeza,
Cuántos castillos imposibles, hechos,
Y hoy en mi corazón cuánta tristeza!

....

....

¡Has muerto ya! Conoces el temido
Arcano de la tumba. No te olvido,
Recordando las frases de tu ruego.
Mañana por la muerte seré herido
Como tú y como todos......¡Hasta luego!

Noviembre de 1887.

UN RUEGO.

Tiembla la hoja marchita, cuando siente
El soplo de las ráfagas de invierno,
Se desprende del árbol temblorosa,
Y al caer tristemente sobre el suelo,
Ese débil chasquido que se escucha
Es de un adiós al árbol el acento.

Después rueda perdida entre el polvo
Y otras hojas marchitas, gimiendo,
Y se pierde por fin arrastrada
En los giros veloces del viento.

Cruje la frágil barca, cuando siente
El rudo embate de huracán violento
Que embraveciendo las revueltas olas,
Bramando las levanta hasta los cielos,
Y forma entre las aguas de los mares
Anchos abismos, como tumbas, negros;
Y arrebatada en la espumosa cresta
De ola que rueda con furor de vértigo,

La frágil barquilla, perdida en los mares,
Crujiendo se aleja, muy lejos, muy lejos,
Y luego, ya rota, se estrella en las playas
Que baten las olas de mares desiertos.

Se estremece la niebla, cuando siente
Que se encienden sus átomos ligeros
Y palpitan dorados y brillantes
Heridos por los vívidos destellos
Del sol que en el Oriente se levanta
Como gigante círculo de fuego.

Y rompiendo su gasa impalpable
Al sentir de esos rayos el beso,
Se deshace la niebla en girones
Que en tenues vapores se elevan al cielo.

Se desgaja la rama al golpe rudo
De hacha afilada de cortante acero,
Que empuña el labrador con ambas manos
Y que descarga sobre el árbol seco:
Y arrojada después en viva hoguera
Entre las rojas flámulas de fuego,
Entre los torbellinos de sus chispas
Entre sus densas nubes de humo negro,

Se tuerce y crepita la rama en la hoguera
Envuelta en las llamas, tornándose luego
En chispas y en humo y en blanca ceniza
Que esparcen pasando sobre ella los vientos.

Yo soy muy débil, como la hoja
Que entre sus giros el viento arrastra;
Como la bruma que el sol disipa,
Como la barca, como la rama.

Tú eres el viento que entre sus giros,
Como las hojas, se lleva mi alma;
Tú eres el rayo del sol de Oriente
Que con mis brumas de pena acaba;
Tú eres la ola que rueda y rueda
Con la barquilla de mi esperanza.
¡Cómo es posible que te resista
Mi alma que en fuego de amor se abrasa!

Por eso siempre mi ardiente ruego
Para pedirte, tan sólo alcanza
Que nunca estrelles mi pobre nave
Del desengaño contra las playas!

1886.

JURAMENTOS.

Brisa errante de la noche
Que vagando en giro incierto,
Acaricias con tus alas
Los rizos de sus cabellos:
De tu falda onduladora
Guarda, en los pliegues ligeros,
Del amor de mis amores
Los ardientes juramentos.

Flores que dormís tranquilas
Reclinadas en su seno,
Al arrullo del latido
De su corazón de fuego:
Guardad en vuestras corolas,
Recoged en vuestros pétalos,
Del amor de mis amores
Los ardientes juramentos.



Rayo de luna que tiemblas,
Como en un lago sereno,
En el cristal de sus ojos
Del color azul del cielo:
Entre tus hilos brillantes
Haz que palpiten sujetos
Del amor de mis amores
Los ardientes juramentos.

Rumores de la alta noche,
Vagos y confusos ecos
Que nacéis entre las sombras,
Que vivís entre el misterio:
Imitad con vuestras notas
La dulzura de su acento,
Del amor de mis amores
Repetid los juramentos.

Brisa errante de la noche,
Flores que adornáis su seno,
Pálido rayo de luna,
Vagos y confusos ecos:
Vosotros que de sus frases
Fuisteis testigos discretos,
Recordadlo eternamente
Sus ardientes juramentos.

1886.

"NO ME OLVIDES."

Pequeñas flores azules,
Flores de color del cielo
Cuando las luces del alba
Le dan sus suaves reflejos,
Pequeñas flores azules,
¡Cuánto os quiero, cuánto os quiero!

***

Vuestro pálido color
Despierta en mi alma el recuerdo
De sus ojos, azulados
Con un azul como el vuestro;
Por eso, flores azules,
¡Tánto os quiero, tánto os quiero!

***

¡No os marchitéis, tiernas flores,
Con el calor de mis besos,



Que al besaros, con cuidado
Haré detener mi aliento,
Para evitar el que os queme
Con las ráfagas de fuego,
Que del corazón vendrían
A morir en vuestros pétalos.
¡No os marchitéis, tiernas flores,
No viváis sólo un momento!

***

Quisiera, flores azules,
Que siempre sobre mi pecho
Donde os puso la que adoro,
Durmierais con dulce sueño,
Y que sólo despertarais
Cuando yo me hubiera muerto.
¡Tánto asi, flores azules,
Tánto os quiero, tánto os quiero!

***

Vuestro emblema es "No me olvides:"
¡Ay! si acaso vuestro dueño,
La que os puso cariñosa
Con sus manos en mi pecho,
Quiso que yo comprendiese

De vuestro emblema el secreto,
Entonces, flores azules,
Flores de color de cielo,
Decidle que no la olvido,
Que mi cariño es eterno;
Contadle, pequeñas flores,
¡Que la quiero, que la quiero!

México, 1886.

EN EL ALBUM

DE LA

SRITA. DOLORES ZUBIETA Y MORA.

Cuando me miran tus azules ojos,
Miro á través de tu pupila diáfana
Irradiar melancólica y tranquila
La purísima luz de tu mirada,
Tan triste y apacible,
Tan dulce y lánguida,
Como la luz crepuscular que tienen
Al espirar las tardes azuladas:
Por eso si se encuentran nuestros ojos,
Llega á mi alma la luz de tu mirada,
Y al inundarla con su luz purísima,
Tan triste y apacible,
Tan dulce y lánguida,
Siento llegar mis horas melancólicas;
¡Horas crepusculares de las almas!

FUGITIVAS.

¿Por qué le quieres tanto, bella niña?
—¿Por qué le quiero tanto? respondió;
¿Cómo pretendes tú que te lo diga?
¿Acaso lo sé yó?

—¿Por qué si tanto padeces
No te arrancas ese amor?
—Porque no hay otro cerebro
Donde llevo el corazón.

¿Me dices que te olvide, que me finja
Que nunca has existido?
Y que me arranque el corazón del pecho,
¿Por qué también, mi vida, no me has dicho?

En vano definir quieren los sabios
Qué cosa es el amor;
El amor no lo explica la cabeza,
Lo siente el corazón.

Cese la discusión..... hemos probado
Que nos hemos querido con el alma;
Mis pruebas consistieron en acciones,
Tus pruebas en palabras.

¡Qué hermoso ha de ser, dijiste,
Como poeta sentir!
Pues es como si dijeras
¡Qué hermoso ha de ser sufrir!

ESPÍRITU DEL MUNDO.

Qué hermoso es contemplar cómo destella
La vespertina estrella,
De sus juegos de luz haciendo alarde,
Como el broche de oro de los cielos
Que recoge los velos
Del dorado celaje de la tarde.

Y qué hermoso es mirar la azul montaña
Que con sus luces baña
El sol que triste en el Ocaso muere,
Reverberar en su nevada cumbre
Con la rojiza lumbre
Del último destello que la hiere.

Y al llegar á morir hasta su falda
Las olas de esmeralda
Que arrastran los girones de la bruma,
Ver cambiarse sus rojos resplandores
En iris de colores
Entre los copos de la blanca espuma.

El dorado contorno del celaje
Del lejano paisaje,
El suave claroscuro y la penumbra,
Y de las tiernas y fragantes flores
Los vívidos colores,
¿Qué fueran sin la luz que les alumbra?

Cuando en los brazos de la noche umbría
llega á morir el día,
Todo de sombras fúnebres se viste,
Porque la luz del astro moribundo,
¡Espíritu es del mundo
Que da vida y color á cuanto existe!

Septiembre de 1887.

¡LA INSPIRACIÓN!

En cada corazón se agita un mundo
Lleno de vagos sueños de poesía,
De estrofas que no toman forma alguna,
¡Que escapan á la lira!

En cada corazón hay siempre oculta
Una pálida estrella que cintila,
Un celaje dorado y una nota
Que dulcísima vibra.

¡Cuántas veces existen sin que nadie
Acierte á comprender que allí se agitan,
Cuántos sueños y estrofas ignoradas,
Sin formas y sin vida!

Pintar con sus colores los ensueños,
Sujetar las estrofas á la rima
Y modular las notas en un canto,
¡Esa es la inspiración para el artista!

Noviembre de 1887.

LAMENTOS DE UN BRUJA.

I

Pues bien, yo necesito
Hablar de mi arranquera,
Decirte que no aguanto
Mi horrible situación;
Le debo, te lo juro,
A la Inglaterra entera,
Al sastre, al sombrerero,
Al mozo, á la casera,
Y hasta en la misma fonda
Tengo una cuenta atroz!

II

Yo quiero que tú sepas
Que ya hace muchos días
No salgo de mi cuarto,
Pues temo que al salir,
Hambriento y con mis penas

Tan negras y sombrías,
Si algún *inglés* me cobra,
Hago una de las mías,
Le pego un garrotazo
Que no hay más que pedir.

III

De noche, cuando á obscuras
Me acuesto en mi tablado,
Pensando que es muy triste
Dormirse sin cenar,
Por más que yo procuro
Soñarme un potentado,
Sueño que mis *ingleses*
Al fin me han encontrado
Y ya sin más esperas
Me van á fusilar!

IV

Comprendo que los pesos
Jamás han de ser míos,
Comprendo que en mi bolsa
No se han de ver jamás,
Y así y todo, los busco

Con locos desvaríos,
Y duros y pesados,
Redondos y tan fríos,
En vez de amarlos menos,
Los quiero mucho más.

V

A veces pienso en darlos
Mi eterna despedida,
Ya no tener por ellos
Tan bárbara pasión;
Mas es en vano todo,
Pues mi alma nunca olvida
Que son tan necesarios
En esta triste vida,
Que aquel que no los tiene
Ni lo calienta el sol.

VI

Y luego que ya estaba
A punto de lograrlos,
El *pagaré* esperando
Mi firma nada más,
El usurero avaro



Gozándose en contarlos,
Yo para mis adentros
Jurando no pagarlos;.....
La pluma entre mis dedos,
La tinta en su lugar.

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
Gozar de aquellos *duros*
Y sin pagarle á nadie
Cuidarlos con amor,
Tenerlos en secreto,
Guardarlos muy seguros,
Gastarlos poco á poco,
Y alegre y sin apuros
Sentirse casi, casi,
Tan grande como un Dios!

VIII

Figúrate qué hermosas
Las horas de mi vida!
¡Qué copas, qué cigarros,
Qué opíparo festín!
Todo eso había de darme

La suma prometida;
Por eso hoy que he perdido
Esta ilusión querida,
Me siento entre los séres
El sér más infeliz.

IX

Bien sabe Dios que ese era
Mi más hermoso sueño,
Mi afán y mi esperanza;
Mi dicha y mi placer,
Bien sabe Dios que en nada
Cifraba yo mi empeño
Sino en gastar la plata,
Muy pollo y muy risueño,
En toros, en licores,
En puros y en comer!

X

Esa era mi esperanza;
Mas ya que á sus fulgores
Se opone mi renombre
De *tracalero* atroz,
Adiós por la vez última,



Amor de mis amores,
El sol de mis tinieblas,
Consuelo en mis dolores,
Mi más brillante ensueño,
Mi adoración, ¡adiós!

LA POESÍA.

Cuando al volver los ojos á la altura
Y contemplar el ancho firmamento,
Se juzga el cintilar de las estrellas
De ojos de luz constante parpadeo;
Cuando al volver los ojos á la tierra
Miramos arrastrada por el suelo
Una hoja seca que arrancó del árbol
La despiadada mano del invierno;
Si al mirarla creemos que la hoja
Tal vez pueda sufrir con el recuerdo
Del árbol que su apoyo le prestara
En más felices y pasados tiempos,
Es porque padecemos la locura,
La incurable manía,
Que por disfraz entre las gentes lleva
El dulcísimo nombre de poesía.



Cuando al hundir el sol en el Ocaso
Su disco incandescente de oro y fuego,
Entre las rojas nubes desgarradas
Creemos ver fantásticos objetos;
Cuando en la calma de la media noche
Los confusos rumores y los ecos,
De séres impalpables los juzgamos
Palabras y suspiros y lamentos;
Cuando estando del lago á las orillas
Sobre el haz de sus aguas sopla el viento,
Y el ruido que hace al encrespar sus ondas
Un gemido del lago lo creemos;
Es porque padecemos la locura,
La incurable manía,
Que por disfraz entre las gentes lleva
El dulcísimo nombre de poesía.

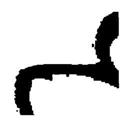
Cuando se cree que las mujeres aman
Con un amor tan grande como eterno,
Cuando se cree imposible que se olviden
De sus apasionados juramentos,
Cuando se lleva siempre la cabeza
Poblada de fantásticos ensueños,
Y más que de ilusiones y esperanzas
Se vive de memorias y recuerdos;

Cuando se siente que en el alma viven
Incoherentes, vaguísimos deseos
Que nunca toman forma, y sin embargo
Sentimos que nos queman el cerebro;
Cuando en la guerra eterna que sostienen
La cabeza y el pecho,
Más que la voz de la razón, se escucha
El grito siempre leal del sentimiento;
Cuando se tiene mente soñadora,
Cuando se tiene corazón de fuego,
Es porque padecemos la locura,
La incurable manía,
Que por disfraz entre las gentes lleva
El dulcísimo nombre de poesía.

Á LOLA.

¿Por qué si tú bien sabes
Que es grande mi cariño,
Tan grande como el cielo,
Tan hondo como el mar,
Tan puro cual los tiernos
Ensueños en el niño,
La luz en las estrellas,
El blanco en el armiño,
El aire en las montañas,
La nieve en el volcán;

¿Por qué si tú bien sabes
Que te amo con locura
Que llega ya al delirio
De mi alma la pasión,
Que todos sus ensueños
Más dulces de ventura,
Que toda su vehemencia,



Que toda tu ternura,
En tí tan sólo cifra
Mi ardiente corazón;

¿Por qué si yo te ofrezco,
Temblando arrodillado,
Amarte como nadie
Te puede amar jamás;
Un alma siempre noble,
Y un nombre siempre honrado,
Un mundo de ternura
Y un pecho enamorado,
Por qué no compadeces
Mis penas y mi afán?

Há mucho tiempo, mucho,
Amor de mis amores,
Que formas mis ensueños,
Que formas mi ilusión,
Que ofrezco ante tus aras
Mis cantos y mis flores,
Mis horas de esperanza,
Mis horas de dolores,
Y todo cuanto valgo,
Y todo cuanto soy.

Yo vivo como viven
Las aves sin el nido,
Yo vivo como viven
Las flores sin el sol;
Envuelto entre las sombras
Glaciales de tu olvido,
Voy solo por el mundo,
Voy solo..... y voy perdido,
Sintiendo que se muere
Mi enfermo corazón.

Mañana, cuando lejos
De tí, bien de mi vida,
Pensando en mí, recuerdes
Lo inmenso de mi amor;
Si tienes como tengo
También la fe perdida,
Si llevas como llevo
También el alma herida,
Entonces tal vez llores
Pensando en mi pasión.

Pensando en la ternura
De aquel cariño mío,
Tal vez, mi vida, sientas

Latir tu corazón,
Y amándome..... la ausencia
Te hará sentir su frío,
Y entonces, si me llamas
Con loco desvarío,
Tal vez tan sólo encuentres
Silencio en derredor.

Silencio, sí, tan sólo
Silencio, y paz sombría,
Ni un eco que responda
Al eco de tu voz;
Quizá tal vez entonces,
Amor del alma mía,
Descanse ya mi cuerpo
Bajo una losa fría
En el rincón más solo
De la última mansión.

Julio de 1886.

¡QUE ME MUERO!

Dicen que voy á morirme,
Que herido de muerte llevo
El corazón que te adora;
Dicen que pronto me muero,
Que soy como ave que cruza
Por los espacios inmensos
Y que ya su vuelo abate
Casi momento á momento,
Que sus giros en los aires
Va trazando más estrechos;
¡Y están muy altas las nubes,
Y está muy cercano el suelo!

Dicen que soy una ola
Que se eleva hasta los cielos,
Pero que pronto en la playa
Debe de morir gimiendo;
Que soy una estrella errante

Por el ancho firmamento,
Cuyos pálidos fulgores
Despiden un brillo incierto
Que anuncia que ya muy pronto
Se han de extinguir sus destellos.

Dicen que mi triste vida
Se me acaba, que me muero,
Que he de durar lo que duran
Los rumores en el viento,
En las flores el perfume
Y el relámpago en el cielo:
Te aconsejan que me olvides,
Que te arranques mi recuerdo,
Y preguntan como Becquer:
¿Quién se acuerda de los muertos?

Dicen que aunque somos jóvenes,
En nada nos parecemos;
Que al verte se piensa siempre
En la aurora de los cielos,
En las flores que se abren,
En las hadas de los cuentos,
Y algo muy blanco, muy blanco
Cruzar por la mente vemos;

Y al mirarme se recuerda
Del sol poniente el destello,
Los tallos que se doblegan,
Los fantasmas, los espectros,
Algo muy negro, muy negro;
Que en la senda de la vida
Llevamos rumbos opuestos:
Tú vas tras las ilusiones
Fija la vista en el cielo,
Y yo, con los ojos bajos,
Buscando un sepulcro vengo.
....
....

Mas si es así, vida mía,
Como dicen, que me muero,
Aunque al decírtelo siento
Que el llanto me ahoga el pecho
Que te adora con locura,
Como todos te aconsejo
Que me olvides para siempre,
Que te arranques mi recuerdo.
También como Becquer digo:
¿Quién se acuerda de los muertos?
....
....



Entonces..... cuando suceda
Mi muerte, que están temiendo,
Sobre mi desierta tumba
En el triste cementerio,
La única voz que se escuche
Llorando sobre mis restos,
Ha de ser la del saùz
Que gime al pasar el viento
Entre sus ramas colgantes,
Que se han de inclinar al suelo
Para dejar en mi tumba
Su melancólico beso.

Octubre de 1886.

UN NUEVO POETA.

Estoy en mis días felices.

La mariposa dorada aletea en mi derredor. Porque para mí descubrir un verdadero poeta, es como para el minero descubrir un filón de oro, ó para el buzo una perla negra.

Y si el poeta es mexicano, es como si la mina y la perla fueran propias del minero y del buzo. ¡Y con cuánta razón! Así paso las horas tranquilas de mi vida, sumergida en un océano de ensueños ideales; mi espíritu se baña en las ondas de luz del mundo del pensamiento, ondas de oro unas veces ardientes é impetuosas, como las del aire encendido por el sol de los trópicos, en mis horas de espera! otras, ondas de plata, tibias y tranquilas como las de la atmósfera iluminada por los pálidos rayos de la luna; son mis horas de recuerdo.

Entonces sueño; sueño, y mi fantasía acallada, tendiendo las alas, levanta el vuelo á lo desconocido por el mundo de la imaginación prevelada de celajes, de quimeras, que nunca ha visto en el cielo de ideales perseguidos, de paisajes aéreos y de recuerdos de mi pasado cristalizados en mi mente hace muchos años.

En esos momentos de poética divagación, tan frecuentes en mi vida, cuando todo lo que sueño me seduce á vagar en un mundo imaginario, despertando en mi alma los sentimientos adormecidos; cuando llega ese momento en que abrimos en el pecho el santuario

"Que exhala sentimiento y poesía
Como exhala perfume el incensario;"

entonces busco con anhelo frases para definir mis ensueños, formas para vaciar en ellas mis ideas y quimeras como Becquer, para encontrar palabras que fuesen á un tiempo colores y risas, suspiros y notas; y en aquellos momentos vienen á mi mente, como parvada de golondrinas que buscan la primavera, los re-

cuerdos de los versos más hermosos que en mi vida he leído, y que, más afortunados que los pobres míos, sirvieran á su autor algún día para expresar en sus formas artísticas ensueños y sentimientos, semejantes á los que en esos momentos sean mis sentimientos y mis ensueños.

Y el inmenso placer de darle vida sensible á las intangibles creaciones de la mente; el inmenso placer de encontrar la forma que puede encerrar nuestras ideas, ajustándose á todos sus contornos y á todos sus perfiles; el placer de encontrar la única llave que puede servir para abrir las estrechas puertas del lenguaje, por donde debe de salir la muchedumbre de ideas que han encarnado en nuestro cerebro; ese inmenso placer del espíritu se lo debo á los poetas, á los verdaderos poetas, á los que saben herir la fibra que vibra al unísono en todos los corazones, á los que saben pintar con sus colores los ensueños y modular en su canto las armonías vagas y confusas que resuenan en el interior del alma.

Y eso lo debo á Carlos López, poeta de genio y de ardiente inspiración, en cuyos versos

se pasea el misterioso espíritu del verdadero poeta.

Carlos López, como todos los que como él sienten, expresa sus sentimientos en las formas conocidas; pero tienen ellos esa belleza inexplicable é incomprensible para los que no saben sentir hondo y pensar alto, y sólo palpable para los hombres de corazón.

López es muy joven, casi tan joven como mi querido hermano de corazón Luis G. Urbina, el "Ruiseñor de los poetas mexicanos," como le llamó la *Gaceta de Morelia*, periódico al que le cupo el honor de dar á conocer primero que ningun otro el poema de López "La Redención", con el que hoy engalanamos las columnas de *La Juventud Literaria.*

Leyendo esos versos he escrito estos desordenados renglones. Hay en esa poesía mucho bello, muchísimo, y se presiente una inspiración más grande aún.

En cuanto á su forma, es muy elegante, pero, como es costumbre en México, mide sin hacer diptongos.

Carlos López de hoy más será para mí un espíritu compañero del mío, en mis horas de

soñar; sus versos vendrán á mi memoria, y su nombre á mis labios, y entonces como ahora, tendrá en mi corazón un lugar en el que sabré ofrecer, como tributo de admiración, las flores de mi gratitud.

De mi gratitud, sí, porque le debo el placer que me ha proporcionado con la lectura de sus versos.

JOSÉ PEÓN DEL VALLE.

Pocas veces hemos publicado un retrato con el gusto con que hoy publicamos el de nuestro querido amigo José Peón del Valle. Si antes no lo habíamos hecho, era debido á que, perteneciendo á la Redacción de nuestro periódico y teniendo ingerencia en la publicación de los retratos, su modestia se hubiera sentido lastimada haciendo la del suyo; pero ahora que las circunstancias han cambiado, los redactores de *La Juventud Literaria* sienten una positiva satisfacción tributando á Peón del Valle el honor que se merece, y haciéndolo en los momentos en que acaba de obtener honroso triunfo en el certamen literario que últimamente se verificó, citado por la Junta encargada de arreglar la participación de México en la próxima Exposición Universal de París.

"El último cantar de Andrés Chenier" se llama la poesía que ha merecido la mención honorífica del concurso y el más cumplido elogio del Jurado que calificó las composiciones presentadas al certamen, como habrán visto nuestro lectores en el dictamen que en el número anterior publicamos.

Si el Jurado, según ese mismo dictamen dice, no concedió á Peón del Valle el premio acordado, ha sido, no porque la poesía como obra de arte no lo merezca, sino porque debiendo remitirse la obra premiada á París, y creyendo el Jurado que en la de Peón se falseaba el carácter de Chenier, no creyó oportuno premiarlo. Así pues, el defecto de la poesía de Peón consiste en una falta de verdad que pudiéramos llamar histórica, y no en una falta puramente literaria.

Nosotros que conocemos las hermosísimas estrofas del "Ultimo cantar de Andrés Chenier," podemos asegurar á nuestros lectores, salva la muy respetable opinión del Jurado, que es una poesía en la que desborda la inspiración ardiente y pura de Peón del Valle, en sus bellísimas imágenes, en sus elegantes me-

táforas, en sus brillantes epítetos, y en la expresión elegante y fácil de su rima viril y sonora.

Ojalá que pronto se haga la publicación de esta poesía, que vendrá á formar una grada más del pedestal que Peón se ha formado para su justa fama.

Peón es poeta en toda la extensión de la palabra, heredero de la romántica musa de su padre el Dr. José Peón Contreras, una de nuestras glorias literarias. Desde sus primeros años reveló sus aptitudes poéticas; el primer triunfo que conquistó, su primer lauro, lo obtuvo en el certamen convocado por los estudiantes de la capital, en el año de 1884, con su hermoso "Canto á Hidalgo," en que ya vibraban esas notas valientes, arrancadas á las cuerdas de oro de la lira del poeta épico:

"Álcese audaz mi débil fantasía,
Despliegue sin temor las blancas alas,
Y del pasado la tiniebla umbría
Rasgue, cual rasga á la impalpable bruma
El rayo luminoso
Que lanza el sol cuando despunta el día!



***

Sublime inspiración, préstame aliento,
Enciende en mí tu fuego sacrosanto,
Y en las alas del viento
Con poderoso acento
Vibre sonoro mi guerrero canto!"

....

....

....

Y así fué el canto de Peón; vibró enérgico y sonoro arrancando al Jurado un laurel para su corona de poeta.

Poco después Peón publicó un pequeño tomo de versos que llamó "Vibraciones y Cadencias," precedido de un elegantísimo prólogo del distinguido literato Francisco Gómez Flores, en el que tributaba justo homenaje á su talento.

Aquellas vibraciones y aquellas cadencias, rimas dulcísimas impregnadas de melancólica tristeza, armonías fugaces, preludios de una lira de poeta joven y soñador, pulsada con ese arte misterioso con que Becquer supo

expresar sus sentimientos; aquellos cantos, eróticos la mayor parte, revelaron una faz del alma del poeta, y si en el "Canto á la Patria" habíase mostrado digno hijo del autor del poema "Hernán Cortés," en sus "Vibraciones y Cadencias" se revela digno émulo del melancólico bardo de Sevilla, del poeta entre los poetas sentimentales, de Gustavo Becquer.

Esta colección de rimas fué muy justamente elogiada por toda la prensa de la capital, y el elegante escritor Manuel Gutiérrez Nájera le consagró un artículo en el cual le auguraba el más brillante porvenir literario.

Algún tiempo después, la noche del beneficio de la admirable trágica francesa Sarah Bernardt, en el Gran Teatro Nacional, Peón, arrebatado de entusiasmo, dijo á la artista en el foro y en uno de los entreactos del drama *Hernani*, aquella espléndida Oda:

"Una nota no más, y en esa nota
Envuelta el alma mía,
Como en la nube que en los aires flota
Su luz envuelve, al despuntar, el día.
Un arpegio no más, y luego rota

Mi arpa de bardo por el suelo ruede,
Mientras en alas del tranquilo viento,
Con cadencioso acento
La última vibración vagando quede!
Quisiera el ronco rebramar bravío
Del mar que rompe en la desierta playa;
Luego el rumor que en el boscaje umbrío
Gime la brisa cuando el sol desmaya;
De las vírgenes selvas del Anáhuac,
La queja llena de siniestro encanto,
El arrullo de amor de la paloma,
Y tu nombre decir en ese idioma,
Y tu gloria cantar con ese canto."

Las estrofas siguientes, hermosísimas, ardientes, inspiradas, formaban la gran poesía, digno canto del poeta, artista y soñador, á la gran trágica, á la gran artista, á la gran soñadora.

El triunfo de Peón aquella noche fué espléndido; arrebató de entusiasmo á la concurrencia, ya predispuesta á los grandes sentimientos del alma con la admiración de Sarah, y una tempestad de bravos, un huracán de aplausos, confundido con las marciales notas

del Himno Nacional, resonó en la sala del Gran Teatro. Peón, emocionado y ardiente en entusiasmo, en un arrebato propio de su genio de poeta, y con una galantería y un ademán digno de los mejores tiempos de la andante caballería, tomó con efusión una mano de la gran artista é imprimió en ella un respetuoso beso, el más ideal que haya podido imprimir Peón en su vida y que haya podido recibir Sarah en su espléndida carrera artística.

Peón del Valle guarda un hermoso ramillete de camelias blancas, obsequio de *Doña Sol*, y aunque ya marchitas y sin perfume, para el poeta tiene el perfume del recuerdo y es un talismán á cuya vista surgen en su imaginación soñadora todas las luces, todas las emociones, todos los aplausos, todo el entusiasmo de aquella noche.

En las columnas de todos los periódicos, y principalmente en las de *La Juventud Literaria*, Peón ha publicado constantemente sus hermosísimos versos. La Oda á Morelos, la Oda leída en sus premios, la dedicada al célebre poeta suramericano Heraclio Martín de

la Guardia, y muchas y muy delicadas poesías líricas, como aquellas dulcísimas "Quejas de mi laúd:"

"La lira que un tiempo
Cantó tu hermosura,
No vibra ternura,
Ni endechas de amor;
Hoy gimen sus cuerdas,
Heridas y rotas,
Tristísimas notas,
Como ecos perdidos
Del último adiós!"

Todas las poesias de Peón han afirmado constantemente su ya envidiable reputación, y han sido nuevos y frescos laureles agregados á la corona que ciñe su frente.

Dos son los géneros que Peón del Valle ha cultivado hasta hoy; uno, el de la poesía lírica y sentimental que caracterizó Becquer, y que tan peligrosa es para los imitadores; en él Peón ha salvado los obstáculos y ha obtenido calurosos elogios; el otro género es el de la poesía épica, viril y levantada; en ella, Peón raya á una altura extraordinaria.

La Patria, la admiración, el arte, todos los grandes sentimientos, arrancan de su lira cantos valientes, hermosísimas estrofas: la musa de Peón arrebatada por el cóndor de gigantesco vuelo, sube alto, muy alto, y entonces sus cantos bajan á nosotros trayendo algo como los ecos de las notas del trueno, y como un efluvio de la electricidad de las nubes, algo que nos arrebata, que no se define pero que se siente; algo que se llama genio.

Mucho queremos á Peón, pero nuestro cariño no nos ciega; el porvenir justificará nuestras apreciaciones.

El poeta no ha sufrido realmente, pero su imaginación viva y excesivamente romántica, excitada con la lectura de sus poetas favoritos Byron y Espronceda, le hace fingirse sufrimientos que juzga reales y de los que se lamenta en sus versos.

La educación literaria de Peón explica el estilo y la tendencia de éstos.

Desde muy niño se empapó en la lectura de los dramas caballerescos y las poesías líricas de su padre: posteriormente, ya iniciado en esa escuela, leyó todas las novelas españolas

de capa y espada que en México leemos en nuestra juventud, y la mayor parte de los buenos dramas del Teatro español de la escuela de Calderón y de Lope de Vega; más tarde se enamoró de los versos de Espronceda y principalmente de las obras de Byron, que le deleitan y las que conoce como pocos jóvenes en México. Después leyó las obras de Becquer, las de Núñez de Arce, las de los grandes líricos contemporáneos. Ultimamente Víctor Hugo y Alfredo de Musset han nutrido su inteligencia, pero el impulso dado á su estilo por sus lecturas anteriores es ya bastante marcado, y no creemos que pueda ser cambiado fácilmente.

Peón del Valle ha emprendido ya otras poesías de importancia: sus altas facultades de poeta, su fecunda inspiración no caben en los estrechos moldes de las poesías líricas ligeras y cortas; no, Peón ha concluído últimamente un hermoso poema, y con el atrevimiento propio del genio que siente que tiene poderosas alas para volar muy alto y recorrer todos los espacios del cielo del arte, ha tomado como argumento el cantar las heroicidades del "Don

Juan" legendario, al que han cantado los más grandes bardos de casì todos los pueblos. El "Don Juan" de Peón del Valle es un "Don Juan" de ésta época, por sus sentimientos y por su ilustración, pero el escenario en que Peón lo coloca obedeciendo sus inclinaciones al romanticismo caballeresco, no es un escenario como podía esperarse dada la índole de la literatura de la última época de este siglo, todo lleno de maquinarias, de fábricas, de tabernas y de casas de tolerancia; no, porque por una felicidad que no me cansaré de celebrar, Peón del Valle no se ha contaminado con la corriente naturalista, hace algún tiempo de moda, y que felizmente comienza á decaer en las Américas latinas, debido á los esfuerzos de los críticos españoles y al eminente D. Juan Valera. Así pues, Peón del Valle no hablará en su "Don Juan" de Zola, ni de Bourget, ni de Richepin, ni nos querrá hacer estudiar los *documentos humanos*, ni la anatomía, ni la fisiología en poesías trascendentales, ni en novelas científicas.

Mucho podríamos escribir haciendo la crítica de la poesía de Peón del Valle, que aun-



que todavía on los primeros días de la juventud, debido á su genio precoz y á su admirable fecundidad, ha escrito ya lo suficiente para haberse podido formar un estilo propio, y en consecuencia para poder resistir un análisis crítico minucioso; pero este trabajo lo emprenderíamos, no con la pretensión de juzgarlo acertadamente como críticos, sino aprovechando en el estudio psicológico de su carácter en relación con sus versos, el profundo conocimiento que tenemos de Peón, á quien siempre hemos visto con la confianza y la intimidad con que se mira á un hermano; entonces podremos hablar de sus dramas que como el "Reid," aunque no ha sido representado, ha sido ya muy elogiado por actores distinguidos y por literatos inteligentes.

Peón como poeta de gran porvenir ha de ser muy discutido y por lo mismo muy conocido: ojalá que siempre tengamos ocasión de contribuir á su justa gloria.

LUIS G. URBINA.

Dice Sainte-Beuve en su "Galería de Escritos célebres:"

"Es un hermoso momento aquel en que el poeta encuentra la región donde su genio puede vivir y desplegarse, y el crítico el instinto y la ley del genio. Si el estatuario que es á su manera un magnífico biógrafo, pudiera escoger la ocasión en que el poeta más se parece á sí mismo, sin duda escogería el instante en que ilumina su frente el primer rayo de gloria.

"En esta época, única en la vida, el genio adulto y viril que habitaba inquieto y triste en su conciencia, conteniéndose para no estallar, brota de repente, y el ruido de las aclamaciones constituye la aurora de su triunfo. Con los años se hará quizá más reposado y maduro, pero también perderá su sencillez de expresión, cubriéndose con un velo que será

preciso desgarrar para llegar hasta él; se marchitará la frescura del infinito sentimiento; el alma se defenderá de sus ingenuidades primitivas; una continencia más estudiada reemplazará á la primera actitud tan libre y tan expresiva."

El ejemplar de la obra de Sainte-Beuve, en el cual leí este hermoso párrafo, es un obsequio que me hizo Luis Urbina; y desde la primera vez que medité en lo que decía esta página, el primer ejemplo concreto que á mi mente vino, fué precisamente el del mismo Luis. En aquellos momentos se verificaba para el la transformación que Sainte-Beuve indica; su frente había recibido ese primer rayo de gloria, ese primer fulgor que para él se ha convertido ya en una hermosa aureola. La publicacion de ese canto inspiradísimo, de esa hermosísima poesía que se llama "La última serenata," había señalado en la vida de Luis una nueva época, una serie de triunfos brillantemente sostenidos y que le llevaran más tarde al más alto de los pedestales que la literatura patria consagra á sus más legítimas glorias.

La aparición de Luis en el cielo del arte en México, fué un acontecimiento digno de provocar el entusiasmo que provocó. En el horizonte había surgido una estrella de primera magnitud; sus vivísimos fulgores eran ya los rayos de un sol.

"La última serenata" revela una inspiración juvenil ardiente, un sentimiento artístico delicado, una espontaneidad y una ingenuidad admirables, y facultades excepcionales para poeta descriptivo, del género de descripción que en España había tenido su renacimiento con Becquer.

¡Qué hermosos cantos, qué imágenes tan naturales, tan espontáneas, tan bellas; qué epítetos tan oportunos y tan llenos de color y de vida, qué descripciones tan elegantes y exactas, qué reflexiones tan profundas, adivinaciones de un verdadero poeta, que guiado por un instinto misterioso, llega á las mismas conclusiones que el filósofo envejecido en la lectura y azotado por todas las tempestades de la vida!

Desde las primeras palabras del canto, los tres epítetos á su memoria *vaga*, *confusa*, *in-*

cierta, que tan bien se completa desde la primera imagen:

"*Como un girón de niebla en el invierno,*
Aun se agita y despierta
Mi memoria rendida
Por el triste recuerdo de mi vida,
Amargo á veces, pero siempre tierno."

Desde aquella hermosísima comparación cuando dice:

"Cuando cierro los ojos ahuyentando
Pensamientos é imágenes sombrías,
Y, urna de mis recuerdos, abro el alma
Para que se perfume mi existencia
Con la divina esencia
Que exhalan hoy mis juveniles días;
Miro á través de la dorada gasa
Del sueño, los diversos
Pobres lugares do mi infancia pasa."

Y luego agrega con naturalidad y una ternura conmovedora, con frase elegante y haciendo una descripción bellísima:

"Aquel rincón del patio de mi casa
Donde compuse mis primeros versos,

Aquella Biblioteca oscura y fría
Tapizada de viejos pergaminos,
En donde yo leía
Los libros peregrinos.
Que exaltaron mi loca fantasía;
La ventana ruinosa
Do mi primera novia me besaba,
La iglesia de mi barrio silenciosa,
Triste, churrigueresca,
Con su nave elevada y gigantesca,
Su pórtico de toscas esculturas
Y sus torres hermosas
Recortando pesadas y angulosas
El transparente azul de las alturas."

Desde estos primeros versos hasta aquella espléndida imagen tan nueva, tan enérgica y tan grandiosa con que el poema termina:

"¡No gemí, no lloré, yo era la nube
Que en tempestuoso cielo se pasea;
Preñada de agua por el éter sube,
Y al no poder llover, relampaguea!"

Todos y cada uno de los versos del encantador poema, encierran bellezas poéticas de

primer orden, y levantan á su autor á la altura de los más grandes líricos americanos.

¡Qué lujo de descripciones, y en ellas cuánta propiedad en los términos, cuánta novedad en las imágenes y cuánto detalle delicado como los que señalamos con letra bastardilla! Cuando describe el contraste que había la tarde en que conoció á su amada, entre la profunda tristeza que revelaban el pálido semblante y la moribunda mirada de sus ojos, y el lujo de galas y de esplendor que la naturaleza desplegaba en aquellos momentos; aquel contraste disgusta y entristece al poeta, que exclama en un arranque como reproche á la naturaleza:

"¡Qué contraste, Dios mío!
¡Qué mirada tan honda de tristeza
Te dirigió la niña moribunda,
¡Madre naturaleza!
Yo ante dolor tan vivo
Viéndote hacer de tu hermosura alarde,
Me retiré callado y pensativo,
Y así nació mi amor aquella tarde!"

Qué amor tan poético y tan delicado debe inspirar una niña pálida ya moribunda, y qué hermoso detalle, qué exquisito sentimentalismo indica poseer el poeta que da como causa determinante de aquel cariño, el sentimiento de dulce compasión que á su alma inspiró el contraste injusto entre la tristeza de la niña que se marchitaba, que se moría, y el esplendor y la vida en que rebosaba la naturaleza que entonces presentaba el mágico cuadro que Urbina nos pinta así:

"Y el sol que se escondía
Entre las nubes de color sangriento,
La luna sin fulgor que aparecía
Sobre el obscuro azul del firmamento;
Una estrella que erraba
Brillando en los lejanos horizontes,
Prendida en ese velo
En que la silüeta de los montes
Va cortando los términos del cielo:
La nieve del volcán resplandeciente
Iluminada por el sol poniente,
¡Y hasta un granado que en la tapia asoma
Su rama más florida,

Mo hablaron de color, de luz, de aroma,
De porvenir, de juventud, de vida!"

¡Qué hermosos versos, qué descripción tan bella y qué detalle tan hermoso el del *granado que en la tapia asoma* su rama más florida! Así como al poeta todo aquel magnífico cuadro *le habló de color, de luz, de aroma, de porvenir, de juventud, de vida*, así también á nosotros sus hermosísimos versos nos hablan de ello.

El poeta siente con el recuerdo de su virgen muerta:

"En mi ánimo abatido
Yo sólo sé quo duerme desde entonces
La fe, con que una vez osaba amarla,
Cual la chispa en el seno de los bronces
Mientras no viene el golpe á despertarla."

En el alma de todos, el delicado y exquisito gusto de lo bello permanece adormecido hasta que viene á despertarlo el golpe eléctrico, el entusiasmo que provoca la lectura de versos en los cuales palpita impalpable el corazón del genio, como impalpable palpita el alma en el corazón del hombre.

Luis ha sido llamado el Benjamín de los poetas mexicanos. Su precocidad es asombrosa; á los trece años había compuesto un pequeño poema que llamó "El crepúsculo en la celda." El sentimiento que inspiró este canto, no puede haber sido más ficticio; los versos de él pintaban la angustia y la lucha de que era presa el corazón de una monja joven encerrada en las sombrías paredes de un convento, en los momentos en que su corazón sentía por vez primera el ansia del amor, de la libertad, del placer, de la contemplación del mundo, fuera de aquellas paredes sepulcrales y de aquellas rejas pesadas y sombrías.

Urbina ha cultivado su espíritu sin ayuda extraña, y atenido únicamente á sus propios esfuerzos. "La última serenata," su mejor poesía hasta hoy, debe mucho de su belleza á la verdad del sentimiento que la inspiró y á la exactitud de sus episodios.

"Triste, churrigueresca,
La Iglesia de su barrio silenciosa,
Con su nave elevada y gigantesca,
Su pórtico de toscas esculturas,

Y sus torres hermosas
Recortando pesadas y angulosas
El transparente azul de las alturas,"

es la iglesia de la Santísima, del barrio en que Urbina vivió en la época del canto.

"Aquella Biblioteca obscura y fría
Tapizada de viejos pergaminos,"

en donde leyera los *libros peregrinos* que exaltaron su fantasía, es la antigua Biblioteca de Betlemitas, de la Sociedad Lancasteriana, á la cual pertenecían también aquellos

"Patios extensos, amplios corredores
De mi querida escuela,"

de aquella escuela, en cuyas aulas llenas de luz, donde los rayos

"De un espléndido sol limpio, sereno,
Brillaban indecisos,
Ora sobre los rizos
De cabezas alegres, soñadoras,
Atentas á la altura
En que el maestro reposado y grave
Hablaba con mesura,

Ora por los rincones
Iluminando solitarios bancos,
O ya sobre los negros pizarrones
Llenos de líneas y guarismos blancos."

Allí es donde Urbina recibió la primera educación impartida por la beneficencia de la Compañía Lancasteriana.

Después estuvo algún tiempo en la Escuela Nacional Preparatoria, en la que cursó con éxito los cuatro primeros años de estudios, matemáticas, idiomas y ciencias naturales, Pensaba dedicarse á una carrera científica. pero lo precario de su situación le ha impedido continuar sus estudios, tanto como algunos cuidados de familia, á cuya subsistencia ha tenido que contribuir.

Luis ha sufrido mucho, se ha educado en la escuela de la desgracia en la que todo se aprende pronto; su espíritu se ha desarrollado flotando en una atmósfera humedecida con las lágrimas del sufrimiento, y privada del dulce calor de la madre.

¡La de Luis hace muchos años que está en el cielo!

Sin embargo, aunque Urbina ha abandonado los estudios que le proporcionarían una carrera científica, ha emprendido con tenaz empeño sus estudios literarios. Su instrucción en estas materias, en su edad, es realmente excepcional.

En sus versos revela lo mucho que sabe, porque sin afectado culteranismo todos ellos están llenos de alegorías, de imágenes y de comparaciones admirablemente oportunas y que revelan su erudición. Su soneto "Al Dante," sus estrofas á "Erigone" y muchas poesías semejantes, revelan al literato profundamente versado en la lectura de las grandes obras líricas.

Todos conocemos la sublime concepción de Gœthe, "Fausto," á lo menos en la primera parte que es la representable.

Fausto, Margarita y Mefistófeles son ya tipos eternos, pero hay en esta epopeya un personaje secundario cuyo carácter, en el que pocos literatos se han fijado, ofrece un contraste singular con el carácter de Fausto. Siebel representa el amor romántico, y como Ofelia en el terrible drama de Shakespeare, según la

bellísima expresión de Becquer, *cogiendo flores y cantando pasa*, Siebel en el drama de Gœthe, es un rayo de luz que pasa en medio de las reverberaciones rojizas del fuego de la pasión de Fausto. Urbina en unas quintillas delicadísimas, admirables por su naturalidad, por su sonoridad y por su elegancia, ha pintado con tres ó cuatro pinceladas de mano de artista, el carácter de Siebel:

"Siebel coloca su haz de flores
Que el aire fresco del alba agita,
Mientras irradian los resplandores
En los cristales de mil colores
De la ventana de Margarita.

Sobre las tapias la enredadera
Cruje y ondula cual verde falda,
Y asida al muro sube ligera
Hasta que en torno de la vidriera
Prende festones como esmeralda.

Cae el rocío sobre la grama,
Sobre las hojas de la retama,
Sobre los pájaros que aletean,
Y va cayendo de rama en rama
Sobre los pinos que cabecean.

Ya en los jardines que se embellecen,
Bajo las frondas las aves trinan,
Y un misterioso contraste ofrecen
Con las estrellas que palidecen
Los horizontes que se iluminan.

Y mientras Fausto con sus dolores
Vela, suspira, llora y medita,
Se inunda el cielo de resplandores
Y Siebel deja su haz de flores
En la ventana de Margarita."

¡Qué dulcísimas estrofas, qué quintillas tan elegantes y tan naturales y qué dulce música la de estos versos! Así escriben los verdaderos poetas.

FIN.

ÍNDICE.





